

COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LIBERALES Y CONSERVADORES

Al reiniciarse nuestra vida republicana tras el lamentable paréntesis interventor de Mr. Magoon, las actividades políticas quedaron reducidas a dos grandes bandos: liberales y conservadores, aunque en los primeros momentos dió también señales de inquietud una tercera organización que tuvo breve existencia y trágico fin; el Independiente de color que organizara Evaristo Estenoz, dando lugar a la promulgación de la conocida Ley Morúa.

Bajo la común denominación de liberales se agruparon las tendencias en pugna de José Miguel Gómez y Alfredo Zayas que llegaron a una fusión con objeto de concurrir a las elecciones de 1908 y el conservadorismo recogió todos los prosélitos del ya desaparecido Partido Moderado, teniendo como máximo caudillo al General Menocal.

En aquella época un eminente hombre público —creemos que fué el inolvidable González Lamaza— declaró que en Cuba no había nada más parecido a un liberal que un conservador y viceversa, lo cual quedaba demostrado en la práctica cuando leyes tan radicales como la de Arteaga, la de Accidentes del Trabajo y sobre todo, la del Divorcio, cobraron vigencia legal bajo un régimen que se estimaba de derecha.

Pese a tal semejanza, la rivalidad existente entre liberales y conservadores resultaba tan encarnizada como la que en época de la colonia habían sostenido los simpatizantes de los Bomberos del Comercio y los Municipales y tan sincera como la que en todos los tiempos ha reinado entre habanistas y almejaristas. Ese fanatismo se transmitía de generación en generación, de padres a hijos y aquel que intentara una conversión ideológica era sancionado con el estigma de "cambiacasacas" que le acompañaba hasta la tumba.

Los liberales, sin duda alguna, representaban la mayoría del país, pero los conservadores gobernaron más tiempo. Y la explicación se nos antoja bien sencilla. Los adictos al emblema del "gallo y el arado" sostenían frecuentes querellas internas que ocasionaban desertiones las cuales eran capitalizadas en su provecho por los seguidores de la estrella de cinco puntas conservadora que a la hora de unos comicios podían justificar sus triunfos, más o menos legales, con el fraccionamiento de las nubes contrarias. Así sucedió en 1912, con la victoria de la Conjunción Patriótica Nacional y ocho años más tarde con la de la Liga Nacional.

Como es natural, cada descalabro sufrido por las legiones liberales tenía como necesario colofón, en lo interno, amenazas insurreccionales que a veces se llevaron a efecto y en lo externo, patéticas apelaciones a Washington reclamando la aplicación de los duros preceptos de la odiosa Enmienda Platt.

Pero lo verdaderamente pintoresco de tan exaltada rivalidad entre liberales y conservadores radicaba en la campaña de propaganda pre-comicial, durante la cual se celebraban en las ciudades bulliciosos mítines de barrios y en los pueblos abigarradas concentraciones guajiras. Ambas con los mis-

mos concurrentes, las mismas charangas, las mismas sillas de tijeras, las mismas tiras de papelitos de colores, los mismos voladores, los mismos caballos, los mismos jinetes, las mismas banderas y hasta los mismos discursos, variando solamente la persona que los expresara.

Una gran diferencia se notaba únicamente. La que puede existir en el terreno musical entre las notas del "Tumba la caña" y La Chambelona, que más tarde fué reemplazada por el "A pie, a pie" de la jornada machadista.

Cerrábase el ciclo de actos políticos por cada tendencia, con dos mítines grandiosos en la capital. Uno celebrábase en la esquina de Toyo y el otro en el Parque Central, donde a semejanza de los espectáculos gallísticos, en que existen valla grande y valla chica, se levantaban dos tribunas: una populachera para los oradores de ocasión y otra de honor reservada a las grandes figuras de cada organización. ¡Zayas, Sanguliy, Manduley, Ferrera, Mario García Kholy, Cortina y otros brillantes defensores de las ideas liberales! ¡Montoro, Enrique José Varona, Dolz, Lanuza y algunos más eminentes panegiristas del emblema conservador!

Naturalmente, se escogía el sábado como día de la semana para llevar a cabo dichas grandes demostraciones de fuerza popular, teniendo buen cuidado en que la celebración del mitin liberal de Toyo coincidiera con el conservador del Parque Central frente a la Acera del Louvre y al revés, tratando de evitar fricciones con el distanciamiento de dichos actos, entre los militantes de uno y otro partido.

x x x

No obstante, ello no podía lograrse siempre de manera absoluta y en ocasiones, grupos dispersos de la facción que primero había terminado su fiesta se dirigía al lugar donde la fiesta de sus adversarios continuaba, originándose fuertes alteraciones de orden con el consiguiente tiroteo que más de una vez produjo trágico balance.

Por cierto que uno de esos incidentes ocurridos durante la campaña comicial de 1912, en el Parque Central dió lugar a que un buen criollo, sin facultades atléticas de ninguna clase pudiera blasonar en aquel tiempo, de correr más que Armando Marsans, el gran jugador de baseball que junto con Almeida, habían sido los primeros cubanos contratados por un club de Liga Grande y el cual precisamente ese año regresó con los laureles de ser uno de los mejores corredores de la organización que actuaba.

Y basaba su orgullo aquel ciudadano en que la noche del mitin del Parque, él se hallaba hablando con Marsans en la esquina de Prado y Neptuno, donde entonces estaba situado el café "Centro Alemán" y al sonar el primer disparo, los dos emprendieron una precipitada carrera a fin de ponerse a buen recaudo y cuando el primero llegó al café "El Rosal", que aún subsiste en Crespo y Animas, le llevaba más de una cuadra de ventaja al gran pelotero del "Cincinnati". ¿Corro o no corro más que Marsans?, exclamaba siempre después de su relato y con bastante fundamento, este feliz mortal.